


*Premio Azorín de Novela 2019*



JOAQUÍN CAMPS

# LA SILUETA DEL OLVIDO

EL DOLOR SIEMPRE DEJA HUELLA

 Planeta

Joaquín Camps



La silueta del olvido

*Premio Azorín de Novela 2019*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Joaquín Camps Torres, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

**Fragmentos de las páginas 102-103, 115-116 y 131:**

*Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*, Haruki Murakami, 1994;  
traducción del japonés de Lourdes Porta Fuentes y Junichi Matsuura,  
de la edición de Tusquets Editores, 2001

Primera edición: abril de 2019  
Depósito legal: B. 6.106-2019  
ISBN 978-84-08-20833-4  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.  
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Dos de la madrugada. Se acerca a la ventana del torreón y aparta la cortina, con precaución. Allí abajo, en la calle, el único ser vivo que ve es un paraguas. Seguramente esperando a que llegue su taxi. Y de repente el paraguas se ilumina por dentro, en plan calabaza de Halloween. Desde las alturas, tarda un poco en entender que no se trata de un ser mágico, sino de un fumador encendiéndose un cigarrillo bajo la lluvia.

Lárgate...

Llega el taxi. Y el paraguas y su propietario se largan. Pero sus ojos permanecen observando la ciudad mojada. Le relaja ver llover, en eso al menos no es un ser especial.

El arco está cargado: la flecha debe partir.

Baja la escalera y entra en la habitación. Sobre el colchón, la anciana parece dormir, excepto por lo incómodo de su posición: cuerpo en aspa, manos y tobillos amarrados con cinta americana a cada una de las esquinas del armazón de la cama.

No quitarse los guantes, bajo ningún concepto.

Se acerca a la vieja y observa su rostro. Enciende la linterna para analizar cada una de las arrugas. Surcos que le recuerdan las líneas fósiles de sedimentación de un acantilado: en ellos cree poder leer su prehistoria. Su biografía.

Encender la linterna solo si es estrictamente necesario, no debo olvidarlo.

De nuevo oscuridad. Y con ella llega la conciencia: esta mujer que tiene enfrente no le ha hecho nada. Ha sido la elegida tan solo porque vive sola, y porque vive en ese lugar. Tan especial, tan único.

Capucha bien calada...

Porque esa casita no debería existir, pero existe. Y la anciana habita ese no-lugar. Es la única de su estilo que queda en el lado derecho de la avenida Blasco Ibáñez. El resto de los «chalés de los periodistas», llamados así porque fueron promovidos en los años veinte por la Asociación de la Prensa Valenciana, están al otro lado de la gran avenida. Todos excepto esta casita, que ahora, fuera del rebaño, respira a duras penas rodeada de enormes edificios. Aislada en medio de la muchedumbre.

Aunque me moleste, capucha bien calada: con un solo cabello podrían identificar mi ADN.

Tras saltar la valla no ha sido difícil entrar en la vivienda, a su propietaria por lo visto no le preocupa demasiado la seguridad. Como suponía, la ha pillado durmiendo: al aplicarle el cloroformo ni tan siquiera ha abierto los ojos.

Lo primero que ha hecho es recorrer el minúsculo palacio para comprobar que la casita por dentro es como la casita por fuera. Es como son todas las casitas de los periodistas: parece sacada de un cuento. Irreal por culpa de su hiperrealidad. Tan perfecta, tan inexplicable, como una maqueta a tamaño real. Al modo de las esculturas de Duane Hanson que tanto le gustan.

Conectar alarma reloj.

Sigue esperando el valor. Pero el valor no llega. Y la vida avanza, mientras sigue esperando el valor... para que algo cambie. El valor que lleve a su ser al alumbramiento. En su doble acepción: nacimiento y luz.

Hora límite para salir de aquí, cinco de la madrugada.

La finalidad de este experimento es, en realidad, una antifinalidad al modo sartriano: se esfuerza por destruirse. Sabe que, cortando amarras con el pasado, se garantiza un futuro vacío, porque el porvenir solo se carga de significado cuando concuerda sintácticamente con el pretérito. Pero en sus circunstancias, «futuro vacío» le suena a paraíso. Por eso va a hacer lo que ha ido a hacer a esa casita de cuento. Y lo va a hacer ya.

Primero toma unas cuantas fotografías de lo que considera su obra. Luego, con una energía autoimpuesta, se monta a horcajadas sobre el cuerpo dormido de la anciana y le sube el camisón. Vuelve a encender la linterna, que ahora proyecta contra la pared sombras chinescas que huelen a sexo. A sexo triste.

Dios mío...

Rebusca en la mochila y saca el instrumento. Hace rodar la manija para comprobar que funciona: como la seda. Y lo encara.

Joder...

Respira hondo. Ahora solo tiene que empujar.

Tienes que hacerlo, tienes que hacerlo.

Cierra los ojos para hibridarse con la onda de fondo del universo. Vieja y nueva, infinita y minúscula, en todos los sitios y en ninguno.

He de dar el paso..., he de hacerlo.

Y observando el instrumento, entiende que no será capaz. Porque entiende que el odio es invisible. Al odio no lo ves. Pero puedes ver las consecuencias del odio. Que están ahí, entre sus manos, en el pedazo de metal que sostiene: esa pobre mujer no le ha hecho nada.

¿Eres imbécil? ¡¿Qué demonios pretendes hacer?!

Las condiciones de laboratorio de este experimento son nefastas.

Vete. ¡Tienes que irte ya!

Baja de la cama, recoge todas sus cosas y libera los tobi-  
llos y muñecas de la anciana. Intenta dejar el cuarto de  
modo idéntico a como lo encontró. Con un poco de suerte,  
al despertarse su víctima creerá que el dolor de cabeza  
que tiene es por culpa de una pesadilla, no del cloroformo.

Desciende a la planta baja por la escalera y sale al jar-  
dincillo. Sigue diluviando. Levanta el rostro y deja que las  
gotas golpeen sus globos oculares. Y al fondo, el negro que  
todo lo abarca. El negro que todo lo puede. Es curioso el  
ser humano, piensa mientras se deja mojar: no somos capa-  
ces de entender la inmensidad del universo, pero sí somos  
capaces de sentirla.

Justo lo mismo que con el amor... y con el odio. Lárgate  
de aquí si no quieres cometer una locura.

Salta el murete y con la mochila a la espalda se pone a  
caminar. Capucha fuera, la cabeza gacha. Empapándose,  
sin protección, con las manos en los bolsillos. Como un  
hermano hebreo en la desolación de la diáspora.

Para Claudia hay dos tipos de secuestros. Aquellos en los que la víctima se lo merece, y los otros.

—¿La puerta o alguna ventana ha sido forzada?

—No, todo está en orden. Ni siquiera hay rastro de gan-zúas.

Por fortuna, los primeros son los que más abundan. Suele tratarse de gentuza que debe dinero a gentuza de su misma calaña pero con más redaños.

—Todo parece indicar que al intruso o se le franqueó la puerta o tenía llaves.

Cuando Claudia aborda esos casos, siente algo parecido a lo que siente cuando entra en el Burger King a cenar con hambre: ansiedad infantil.

—No adelantemos acontecimientos.

—Por supuesto, jefa.

Cuando sale de esos casos, tan fáciles de resolver, también siente algo parecido a lo que siente al salir del Burger King: el arrepentimiento de haber hecho algo que tan solo te produce un placer vulgar. Y además, es perjudicial para tu salud.

—Y no me llames jefa, te lo tengo dicho.

—Eso está hecho, jefa.

¿Por qué tiene a veces la sensación de que sus conversaciones con Ramón están plagadas de topicazos de mala novela negra? Tendrá que corregir eso...



—Salgamos fuera y dejemos trabajar a los de la Científica. —Abandonan aquel cuarto inmenso donde cabrían sus dos pisos juntos—. ¿Cómo está la madre? ¿Se puede hablar con ella?

—Sí, nada de histerismos. Está muy afectada, pero conserva la calma. Le he dicho que cuando acabara de inspeccionar la habitación bajaría usted a hablar con ella.

Luego están los otros casos de secuestro. Los casos en los que la víctima no se merece lo que le pasa.

—El teléfono móvil de la chica, ¿lo habéis localizado?

Esos casos, sin excepción, a Claudia le destrozan la vida. Bueno, se la destrozan un poquito más.

—Ni rastro.

—Al menos una buena noticia.

—Ya he puesto a los muchachos de Redes a trabajar en el asunto.

Y el que tiene ahora entre manos tiene toda la pinta de ser un caso de este segundo tipo. Por eso Claudia se pregunta qué demonios hace allí, en ese lugar. Enfadada consigo misma: si en esos dos o tres momentos que determinan una existencia (aunque parezca increíble, no son muchos más) hubiese tomado un camino diferente, quizás ahora no estaría en ese lugar, sino en otro muy distinto.

—¿Quién estaba de guardia en Redes?

—Gaspar.

—¿Cuándo nos dará resultados?

—Me ha dicho que en cuatro horas.

—Que sean dos.

—A mandar, que para eso estamos. Le meteré prisa, aunque no creo que haga falta, Gaspar es un buen chico y sabe que los secuestros o se resuelven en los dos primeros días o ya no se resuelven. —Como Ramón es un cobarde, disfruta mucho con esas sentencias falsas pero solemnes: el miedo puede ser una manera de ser—. Pero no confío en

que nos dé buenas noticias, el que se ha llevado a esta chica tiene pinta de saber lo que se hace. Me juego mis mejores agujas a que ese cabrón le ha sacado la batería al móvil de la muchacha antes de salir por la puerta de esta casa.

Así es Nube Negra, el mejor rastreador de la tribu.

—Hablas en singular y en masculino, ¿por qué piensas que ha sido un solo hombre?

—Instinto.

Claudia lo observa sin decir nada. No es una mujer de muchas palabras, su punto fuerte es el gesto.

—Sí, jefa, instinto, no me mire así. Ya sabe que yo me huelo las cosas...

Ella es Robert Mitchum hecho mujer protagonizando una película de François Ozon: tempos largos, eternos, aburridos; una desgana lacónica, una mirada saltona pero adormecida, burlona. Un aire de abandono calmoso, siempre cáustico.

—Déjate de brujerías, jefe indio. ¿Qué te hace pensar que ese tipo trabaja en solitario y sabe lo que se hace?

—Mientras la esperaba he hecho mis deberes.

—Vaya, yo creía que mientras me esperabas te habías entretenido tricotándole a la secuestrada una mortaja.

A Ramón le encanta cuando su jefa le mete leña. Siente un gustirrinín extraño..., un *je ne sais quoi*.

—Pues no, yo no tricoto mortajas. Ahora estoy con unas manoplillas para el bebé de la portera...

—Al grano.

Él se abre la gabardina y saca del bolsillo interior una fotografía. La camisa está tan ajada y mugrosa que sería posible determinar la edad de Ramón contando los anillos de sus sobacos: el cerco de sudor, al igual que el algodón, no engaña.

—Esta es Lara Valls.

La inspectora observa el rostro. Óvalo bizantino. La

piel parece tan fina, y las pupilas son tan oscuras, que da la impresión de que cuando Lara cierra los ojos sigue viendo el mundo.

—Esta niña es una belleza, con esa cara este caso huele a fetichismo sexual que apesta. Esos desgraciados siempre trabajan solos. No hace falta que le diga que todo eso son malas noticias, estas cosas rara vez acaban bien.

Claudia suspira: no, no hacía falta que me lo dijeras, pero me lo has dicho. Hablar con este hombre es siempre apocalíptico. Sientes que estás hablando con Isaac Asimov tras cometer el error de pedirle predicciones sobre el futuro de la humanidad.

—Si a eso le unimos que la gran mayoría de los secuestros son realizados por hombres, mi deducción es bastante lógica.

—No te quites méritos, que cuando vas de modesto te pones demasiado guapo.

Mmmmm..., ese *je ne sais quoi*...

—Gracias, jefa. Y que no es un tonto parece bastante obvio. Los de la Científica me han dicho que nos olvidemos de huellas, en la habitación solo han encontrado las de cuatro personas, que, a falta de cotejar, están seguros de que pertenecen a los miembros de la unidad familiar, añadiendo a una buena mujer que lleva toda la vida limpiándoles la casa. Conclusión: ese cabrón es un cabrón precavido.

Admira tanto a esta mujer que siente la permanente necesidad de impresionarla. Justo lo que a Claudia menos le impresiona.

—Y que es un cabrón precavido lo he confirmado tras darme un paseo por la zona y hablar con los vecinos: nadie vio nada. La única cámara de vigilancia que podría ayudarnos a saber quién entró en la casa esta mañana es la del chalé de enfrente, y resulta que cuando he preguntado a la

dueña si tiene contratado el servicio de grabaciones, me dice que la empresa de seguridad la acaba de llamar porque van a enviarle un técnico. Resulta que en mitad de la noche la cámara se ha *estropeado*, vaya casualidad.

Le gustaría manejar el sarcasmo con la misma habilidad que su superiora, pero a él no le funciona. Él es de esas personas achicadas que estropean una larga explicación rematándola con un «Y bueno, eso sería un poco todo».

—Por eso, aunque localicemos el móvil de la víctima, creo que no conseguiremos nada por esa vía. Un cabrón tan precavido me extrañaría mucho que cometiese ese error... Hoy en día, con tantas series de televisión y tanto internet, este trabajo da asco. No sé a usted, jefa, pero a mí, como profesional de la investigación, ¡me resulta frustrante! Si el tonto del pueblo ha visto *Homeland* por la tele, ya sabe que si eres un chico malo y apagas el móvil pero le dejas dentro la batería, al poco tiempo un dron te lanza un pepino que te revienta la cabeza. Y nuestro hombre, le aseguro que no es el tonto del pueblo. Tengo la intuición de que no ha dejado cabos sueltos, y no lo ha hecho porque es un tipo que sabe lo que se hace, y sabe lo que se hace porque no es la primera vez que lo hace. Y bueno, eso sería un poco todo.

Claudia, tan poco habladora, agradece que Ramón tenga una naturaleza dialéctica. Aunque no tiene muy claro qué demonios implica esa definición.

—Ya veo...

Cierra los ojos para así observar mejor a su subordinado.

—¿Y qué ve?

Ve el cerebro de Ramón, que es como su cuerpo: delgado, nervioso, compulsivo. Atolondrado e instintivo. Suele equivocarse siempre, pero en la dirección correcta. Por eso Claudia lo quiere en su equipo, no lo cambiaría por ningún otro.

—Entonces, estamos ante un secuestro sexual, realizado por un hombre, que trabaja solo y sabe lo que se hace porque ya ha secuestrado antes.

—Sí, sin duda.

—O sea, un perverso.

—Lo ha *clavado*.

—Son datos interesantes.

—Mucho, lo sé.

Pasan unos segundos. Él se impacienta, y ve la luz.

—Jefa, conozco esa mirada.

—No sé de qué me hablas.

—Deje de estar en desacuerdo conmigo y de fingir que está de acuerdo.

—Me parece bien. —Casi sonrío—. Estoy de acuerdo.

Ahí está. Robert Mitchum. Ella solo tiene dos maneras de ser policía: llevando las riendas o bajándose del caballo. Ramón lo ve y se derrite.

—Señores, ya puedo decirles alguna cosa. Sé que hay prisa.

La puerta de la habitación se ha abierto y ahora en el descansillo son tres: Claudia, Ramón y un tipo vestido como si fuese a recolectar miel.

—Sin duda, hubo pelea. —Se quita guantes y peúcos—. Por lo visto, la sorprendió por detrás mientras ella estaba de cara al ordenador. Forcejearon, y debió de noquearla con un golpe contundente, que es el que originó la pequeña mancha de sangre sobre la alfombra. Estoy casi seguro de que el análisis dirá que esa sangre es de la muchacha.

—¿Algún resto de semen o fluidos vaginales?

—Nada. La lámpara azul dio negativo, y os aseguro que la hemos pasado a conciencia. Esto parece el cuarto de una novicia: si la violó, no fue en esta habitación.

Claudia mira a Ramón, que al percibir el reproche necesita preguntar cualquier cosa.

—¿Restos epiteliales?

—A montones, pero hasta que no los analicemos no podré decirnos nada. Quizás alguno se originó en la pelea o quizás son todos de la chica, a esas edades... Mi hija también tiene dieciocho años y se pasa el día frente al espejo quitándose poros y decapándose. Son años de mucha tontería.

A Claudia le impresiona la capacidad que tienen sus compañeros con familia para distanciarse del dramatismo de la situación. Se distancian tanto que involucran a sus familias.

—¿Habéis acabado con el ordenador?

—Sí, solo tenía huellas de una persona, supongo que de la chica. Se lo pasamos a los de Informática. —Carraspea, es obvio que se guarda lo mejor para el final, pero aún no es el momento—. Hemos registrado la habitación de arriba abajo, y no hay nada anormal.

—¿Algún diario? ¿Fotos de amigos o novios?

—Nada. Pero no es extraño, los jóvenes de hoy guardan todas esas cosas en el móvil. Si a mi hija le preguntas por su caja de zapatos con recuerdos..., se parte la caja. —Vaya, qué divertido juego de palabras me ha salido; estos de la Científica son la monda—. Como digo, eso no es extraño..., lo extraño es esto.

Ahora sí es el momento. El recolector de miel levanta la mano sosteniendo una pequeña bolsa de toma de evidencias. Cuatro ojos la acechan.

—¿Tres píldoras?

—¿Azules?

—Sí, estaban escondidas dentro de unos calcetines en el fondo de un cajón.

—¿Qué son?

—Pues si no me equivoco, y a la espera de los análisis, parecen Viagra.

Ahora los cuatro ojos se ceban sobre el recolector.

—No me miréis así. Yo no tomo esta basura todavía, pero he visto muchas como estas en el laboratorio.

—¿Qué hacen tres pastillas de Viagra en la habitación de una adolescente?

—Claudia, no me jodas; esa pregunta no la tengo que contestar yo, la tienes que contestar tú. Hasta donde sé, los jóvenes no están combinando la Viagra con ningún otro tipo de droga para potenciar efectos. Y te aseguro que, si la muchacha tenía noviete, no creo que necesitara esto: a esas edades te levantas todas las mañanas con el caballete de la bici puesto.

Si era una broma, a nadie le apetece reír. Ante un recibimiento tan frío por parte de su público, decide hacer mutis por el foro.

—Bueno, me vuelvo para dentro. En un par de horas habremos acabado, cualquier novedad os aviso.

Los pensamientos se enjambran alrededor de las dos mentes, como si fuesen abejas alrededor del panal. El recolector de miel sin duda las ha excitado.

—¿Tal vez fue el secuestrador quien las escondió? ¿Quería que las encontrásemos? Ya se lo dije, jefa, ese tipo es un perverso, un fetichista. No me extrañaría que se tratase de un...

—Cierra la boca. Ya te lo he dicho antes, no adelantemos acontecimientos.

—Piénselo: Lara está con sus amigas en un bar; un viejo le hace una proposición, y todas se burlan de él y lo humillan..., pero el que ríe el último ríe mejor. La secuestra para violarla y hacerle las mil perrerías, y como venganza poética, nos deja el señuelo de las tres Viagras sabiendo que las encontraremos...

—¿Quieres cerrar la puta boca?

Nube Negra agacha la mirada. Reconoce que se ha pasado.

—Vamos al salón. Quiero hablar con la madre.

—Perfecto. Pero, jefa... —duda—. La pobre está muy preocupada..., tenga tacto. Por favor.

Ella no responde. Inicia el descenso por la escalera como lo inicia siempre: muy concentrada. Intentando no pensar en la sensación de que la cabeza del fémur va a brotarle por la cadera.

—Adelántate. Ahora voy yo.

—¿Adónde va?

—Necesito que me dé un poco el aire. Salgo al jardín.

—Pero...

—He dicho que salgo al jardín. Allí los de la Científica ya han estado y no encontraron nada. Pero yo he visto unas azuleas que en el ojal de tu gabardina van a quedar de ensueño.

Ramón eleva los ojos hacia el cielo, pareciéndose más que nunca a un santo de estampa. Es su manera de evidenciar la paciencia sáurica que ha desarrollado tras tantas horas de trabajo con su superiora.

—Como quiera. —Se dirige al salón sin dejar de hablar—. Pero no tarde, que la conozco.

Ella cruza una cocina desmesurada y sale al jardín. Observa la luz y suspira.

Joder, qué bueno...

Han pasado ya dos años desde que llegó de Madrid y no termina de acostumbrarse: la primavera parece que nunca acaba de irse del todo. Claudia está convencida de que cada ciudad tiene una estación del año que le es consustancial, pertinente, y sin duda la de Valencia es la primavera. Fuera de sus fechas, todo es una búsqueda de sus fechas. En verano por exceso, en invierno por defecto. En otoño por confusión.

—¡Jefa, estoy en el salón con la madre! ¡No tarde!

Se vuelve. Ramón ya se ha zambullido de nuevo en la cocina. Cómo me conoce ese desgraciado... A veces siente que su subordinado es su yo bueno.



Ya voy...

Observa la casa. Siempre pasa lo mismo. Aquella era una familia feliz, y ahora todo cambiará. Porque la vida no tolera un vacío: si la felicidad se esfuma, la desgracia rápidamente ocupa su lugar. A veces, camuflada tras la aparente atonalidad del transcurrir de los días.

Asco de trabajo...

Lo intenta, pero no es capaz de dejarse en paz. Esos diálogos consigo misma son un campo de batalla donde no se hacen prisioneros, donde no hay trincheras ni misericordia. Donde se lucha a pecho descubierto. Ella es como una chica anoréxica insatisfecha con su cuerpo, obsesionada con mirarse al espejo: se siente obesa por dentro.

—¡Inspectora!

—¡Ya voy!

En cuanto él vuelve a desaparecer, Claudia hace lo que ha ido a hacer al jardín. Con disimulo se mete la pastilla en la boca y traga. Al entrar en el salón lo primero que ve son los ojos de Ramón. ¿Cargados de reproche? Dios mío, este hombre está tan delgado que si una amante le tirase las bragas a la cara lo derribaría.

—Buenas tardes.

Un accidente bastante improbable, por otra parte.

—Al subinspector Ramón Linares creo que ya lo conoce. —Le tiende la mano a la señora de la casa—. Yo soy Claudia Carreras, inspectora de Policía. Me han encargado su caso, y debemos ponernos a trabajar de inmediato.

Sí, ya lo sé, muñeca de porcelana, si no estuvieses pasando por lo que estás pasando, seguro que te reirías con tus amigas de una policía que baja la escalera como yo la he bajado y se apellida Carreras. Pero no, reír no es lo que más te apetece ahora, ¿verdad?

—Yo soy..., yo soy Cristina Manuela, la madre de Lara.

Los tres se desploman sobre el sofá de plumas, mien-

tras Claudia aletea por dentro: alguien que se llama Cristina Manuela y se presenta como Cristina Manuela porque le gusta que la llamen Cristina Manuela, y te obliga a pronunciar cada vez esa mierda de nombre interminable, alguien así, solo puede ser una gilipollas.

—Encantada de conocerla... —Ramón le suplica con la mirada, pero ella lo ignora—. ¿Prefiere que la llame Cristina o Manuela?

—Pues... —No es momento de enarbolar estandartes, claudica con facilidad—. Lo que..., lo que prefiera.

Es una mujer de apariencia sofisticada, de las que creen que *Sexo en Nueva York* no es una serie de televisión. Es un estilo de vida.

—Si no le importa, tomaré notas. Dígame, Manuela. —Ese nombre siempre le ha sonado a chacha portuguesa, sin duda es la mejor opción—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija?

—Esta mañana..., al salir para ir a la peluquería.

—¿Lara se ha quedado sola?

—Sí, sola..., los miércoles Toñi no viene a limpiar.

—¿La alarma estaba desconectada?

—Siempre lo está cuando hay alguien de la familia en casa..., este es un lugar muy tranquilo.

—¿Qué hora era?

—Pues serían... —Ahora que duda, se evidencia que es una mujer muy hermosa, pero sin alma; como un pueblecito de los Alpes italianos que, por un trágico encantamiento, estuviese habitado enteramente por suizos—. Eran las diez. Sí, seguro, las diez de la mañana.

—Según tengo entendido, usted regresa de la peluquería... —ojea la libreta de notas— dos horas más tarde, y se encuentra con que su hija ha desaparecido y el cuarto está revuelto.

—Eso es.

Sí, muy hermosa, sin duda. Y muy bien vestida. Y con el pelo impecable, claro. De hecho, no parece una madre preocupada. Más bien parece una sacerdotisa preocupada.

—¿Lara conduce?

Tal vez por eso el salón tiene un aire basilical.

—No. Ni sabe conducir ni tiene aún coche. Acaba de cumplir dieciocho, supongo que pronto se querrá sacar el carné.

—¿Supone? ¿No han hablado de eso?

—La verdad es que no...

Claudia anota.

—¿Y tiene novio?

—Novio..., no, que yo sepa, no.

—¿Algún amigo... especial?

—No lo sé. Lara es muy retraída, jamás me contaría una cosa así.

—A usted tal vez no, pero seguro que con sus mejores amigas habla de todo eso. Necesitaríamos sus nombres y teléfonos.

—Amigas...

Sin previo aviso, rompe a llorar. Claudia permanece impassible, pero a Ramón esa reacción natural de una madre le sorprende tanto que por un momento no sabe qué hacer con su propia gestualidad. Y es que no se lo esperaba, porque la elegancia exagerada de esta mujer la vuelve inhumana. Imaginársela defecando se hace difícil, incluso para Ramón, que es capaz de imaginar cualquier cosa. De hecho, mientras saca una bola de clínex del bolsillo de su gabardina, se imagina a Cristina Manuela desnuda, llevando tan solo una boina ladeada, braguitas y calcetines. Todo tricotado a punto trigo en lana Shetland. Tonos malva.

—No, gracias. —Rechaza la bola que le ofrece Ramón, con aspecto de usada—. Tengo pañuelo.

Batista blanca. Calada.

—Discúlpenme...

—No pida disculpas. —Claudia, sin ganas, fuerza un tono caritativo: al fin y al cabo, a esta pobre mujer le acababan de secuestrar a la hija—. Sé cómo se siente, pero debe ser fuerte.

—¿Tiene usted hijos, inspectora? —Alza los ojos, enrojecidos pero orgullosos.

—No.

—Pues entonces no sabe cómo me siento.

Vaya, aún no es la hora de comer y ya va a tener que pedir perdón por tener más de cuarenta y no haber parido.

—Los hijos son como una amnesia..., cuando su vida va arrancando, la primera parte de la tuya va desapareciendo. —La sacerdotisa se ensimisma—. Y te da la impresión de que siempre estuvieron ahí, de que nada antes de ellos existió. Si pierdo a Lara...

De nuevo se desmorona sobre su pañuelo, sollozando. Nadie allí la va a consolar, porque Ramón sigue imaginando cosas raras, no puede evitarlo. Y a Claudia el mazazo la ha dejado fuera de juego al recordarle que la única manera de saber cómo te han querido tus padres es teniendo hijos.

Odio este trabajo...

La inspectora, a estas alturas, ya sabe que nunca los tendrá, y es una pena, porque le hubiese gustado dilucidar el tipo de amor que le dieron sus progenitores. Sospecha que fue un amor avaro, aunque «amor avaro» siempre le ha sonado a oxímoron.

—Me decía que las amigas de Lara...

—Lara no tiene amigas. —Se rehace; digna, fría.

—¿No tiene amigas? ¿Ninguna?

—No. Al menos, a mí nunca me ha hablado de ninguna.

—Manuela, ¿Lara le ha hablado a usted de alguna cosa alguna vez?